

Un verdor magistral

Obra de ficción basada en hechos reales, va dosificando la cantidad de ficción introducida en sus historias

CRÍTICA
MARÍA TERESA LEZCANO



UN VERDOR TERRIBLE

Autor: Benjamín Labatut.
Editorial: Anagrama.
Páginas: 224.
Precio: 17,95 e.

Benjamín Labatut (Róterdam, 1980) arriesga y gana en 'Un verdor terrible', libro apriorísticamente inclasificable cuyos relatos se entretajan mediante un común denominador científico que, al sumar y restar fracciones de literatura, consiguen una portentosa ósmosis narrativa que eleva al lector a un trance de placer intelectual tan recomendable como escasamente desencadenado en la actual literatura sobredimensionada en textos banales y novelas pesimamente redactadas.

Obra de ficción basada en hechos reales, el 'Verdor terrible' de Labatut va dosificando la cantidad de ficción introducida en sus historias, desde una pincelada apenas apreciable hasta un ovillo discursivo donde la esencia literaria ya resulta indiscernible de su contexto histórico. Abandera el libro 'Azul de Prusia', narración que partiendo del tono rojo de las uñas de Göring durante los jui-

cios de Nuremberg, desemboca en el empleo del cianuro y de su predecesor químico, a su vez derivado del primer pigmento sintético moderno, al azul de Prusia; lo finaliza con un epílogo, 'El jardinero nocturno', el cual resalta la paradoja de que el químico alemán inventor de los fertilizantes nitrogenados modernos que salvaron de la hambruna a cientos de millones de personas fue el mismo que creó el gas de cloro, arma de destrucción masiva cuyo veneno verdoso introducido en las trincheras de la Primera Guerra Mundial ahogaba a los soldados en sus propias flemas pulmonares.

Por el discurrir de ese Verdor Terrible, nos vamos cruzando con Alan Turing, genio matemático y padre de la computación que, tras haber descifrado los códigos nazis de la máquina Enigma fue recompensado por el gobierno británico con una castración química para 'curarle' la homosexualidad, devastación biológica y psicológica de la que Turing se evadió suicidándose con una manzana envenenada cuyo bocado representaría años más tarde el logotipo de la empresa Apple; con el 'corazón del corazón' del matemático japonés Shinichi Mochizuki, que creó una nueva rama de

las matemáticas tan bizarra y adelantada a su tiempo que uno de sus colegas dijo al estudiarla que tenía la sensación de estar leyendo un texto venido del futuro —«Todos los que se han acercado a esta cosa son personas razonables, pero, una vez que comienzan a analizarla, se vuelven incapaces de hablar de ella»; con el joven prodigio Alexander Grothendieck, capaz de crear un universo matemático entero para una sola ecuación —«Espacios infinitos que desafiaban los límites de la imaginación y que Grothendieck comparaba con 'el lecho de un río tan vasto y profundo que todos los caballos de todos los reyes podrían beber juntos de él'. Pensar en ellos exigía una forma distinta de concebir el espacio, como había ocurrido cincuenta años antes con las ideas de Albert Einstein»; con la teoría de Schrödinger de que las partículas subatómicas tenían un comportamiento similar al de las olas, refutada por el entonces estudiante Werner Heisenberg, quien había sido ayudante del Premio Nobel Nils Bohr —«Caminando con Bohr, Heisenberg tuvo su primera intuición de la radical otredad del mundo subatómico»— y que, además de publicar la primera formulación de la mecánica cuántica, pasaría a la historia por su gato homónimo, simultáneamente vivo y muerto dentro de su caja hipotética; con Louis de Broglie, hijo de una de las dinastías más ilustres de Francia cuya tesis doctoral comentó el propio Einstein del siguiente modo: «Ha levantado una esquina del gran velo. Es el primer rayo de luz en este dilema del mundo cuántico, el más terrible de nuestra generación».

Libro apto para lectores, tanto de ciencias como de letras, de un grado de exigencia de 7,6 en la escala de Valente (del 0 al 9, aquí y en el multiverso).